

ministraron en calidad de Diácono y Subdiácono dos hermanos de entrambos: D. Diego, Presbítero secular, y Fray Gabriel, religioso agustino. Finalmente, en la propia solemnidad recibió la bendición nupcial la hermana de todos ellos, Doña María, que casó con D. Juan de Rivera.

Veinticuatro religiosas había en este convento el día 13 de Febrero de 1861, en que fueron trasladadas al convento de San Juan de la Penitencia, y allí estuvieron hasta el día 2 de Marzo de 1863; el convento fué dividido en porciones y vendido, y la iglesia alquilada ó prestada á una compañía industrial, quien intentó poner una fábrica de pasamanerías; de suerte que cuando las monjas lograron que les fuese devuelto su convento, les fué imposible habitarle y tuvieron que ir á vivir en la casa núm. 21 de la calle de San Cosme, el día 24 de Julio de 1863. Aquí permanecieron hasta el 22 de Marzo de 1867, que de orden de la autoridad eclesiástica se pasaron á la casa núm. 3 del Puente de Monzón, y allí permanecieron hasta su total exclaustración.¹

SAN JERONIMO. CALLE DE

Con motivo del incendio de esta tipografía en Septiembre 2 de 1899 se perdió lo que se había impreso de este III tomo y, además, el original. Para subsanar en lo posible, se ha acudido á los borradores del autor, los cuales felizmente se libraron de la catástrofe, y á otras fuentes, por esto el lector no culpe las faltas que encuentre.

Hay dos calles de San Jerónimo, cuyo nombre lo tomaron del convento. La primera corre de Oriente á Poniente. Sigue de la del Cuadrante de San Miguel y acaba al Poniente con la del Tornito de Regina. La segunda corre de Norte á Sur y es continuación de la calle del puente de la Aduana Vieja y después sigue la segunda de Necatitlán, que se llama de las Rejas, por la misma razón que en otros conventos, á saber, porque había en la parte del edificio por esta calle, además de la entrada ó portería del convento, unas accesorias que estaban divididas por medio de una reja, por la parte interior, en comunicación con el convento, y acudían las religiosas á recibir visitas de sus deudos en determinados días.

La noticia de este convento se ha tomado de la obra inédita de Carrillo y Pérez, fuente á que acudió el autor; según se ha visto, es el cap. 6 del libro IV, que dice:

Este monasterio, cuyas religiosas siguen su misma regla, se fundó el año de 1588, aunque el Lic. Arévalo anticipa su fundación al

¹ En 1902 convento é iglesia, así como todas las casas de la manzana en que estaban y la anexa, fueron arrasadas para fabricar un teatro.

año 85.¹ Dió para la fábrica de la iglesia \$ 30,500 el Regidor D. Luis Maldonado que ó se había arruinado ó no se había concluído, pues con esta cantidad no se verificó su dedicación hasta el año de 1623. Redundando el patronato de Maldonado, como su heredero, en el actual Mayorazgo D. Antonio Reynoso y Borja, rama ilustre de la esclarecida casa del grande en todo Duque de Gandía, San Francisco de Borja, por cuyo patronato goza el privilegio de dotar una doncella para que éntre religiosa en este monasterio, con la cantidad de \$ 300 de lo que reditúa cierto capital del que han perecido las dos terceras partes, y siendo cláusula de la fundación de esta obra pía, el que las nombradas habían de ser parientas del dicho Mayorazgo, le ha conferido como tal un nombramiento á una hija mía, por el inmediato vínculo de parentesco que nos enlaza, como expresa en el dicho jurídico nombramiento.

Habitan en el día esta sagrada clausura cincuenta y ocho religiosas, seis novicias, once niñas, doce criadas de comunidad y sesenta y ocho de particulares, que son por todas ciento cincuenta y cinco: asistentes dos capellanes clérigos.²

En ambos mundos es célebre este monasterio. Félix Aravia, que realmente poseyó el Fénix de Occidente, no fabuloso como el de la Arabia Oriental, sino verdadero en la Madre Juana Inés de la Cruz, asombró de general sabiduría y erudición, cuyos escritos la han inmortalizado en el clarín de la fama, y colocado su estatua en muy eminente lugar del templo de Minerva, no faltando quien dudara que una virgen fuese tan fecunda en partos de literatura, poesía y agudezas, de que dará alguna idea su vida á los que no hubieren visto sus obras, copiando la que, en la aprobación del tercer tomo de ellas, estampó el R. P. Diego Calleja, pues en mudarle, quitarle ó ponerle alguna vez echaría un borrón en el papel que delineó tan docta pluma, y más quiero padecer la nota de copiante que la de ignorante presumido. Si alguno me culpare de difuso contra el orden propuesto en esta obra, muchos más me anotarían de omiso; en omitir una noticia de tanto honor á la patria, á la Nación y al bello sexo, tan desacreditado en las plumas de algunos escritores, como en la voz del vulgo. Bien que del gigante extraordinario mérito de la Madre Sor Juana, solas sus obras pueden informar cabalmente, no el epítome de su vida, que es éste.

Cuarenta y cuatro años, cinco meses, cinco días y cinco horas ilustró su duración al tiempo la vida de esta rara mujer que nació en el mundo á justificar á la naturaleza las vanidades de prodigiosa.

¹ Gaceta de México del mes de Septiembre del año de 1728. Pág. 77.

² En 1861, cuando fueron exclaustradas, eran 26, usaban escapulario y manto negro. En este convento vivió una criada entregada á la mística y escribió unas Profecías que corren impresas, el vulgo la llama la Madre Matiana.

A doce leguas de la ciudad de México, Metrópoli de la Nueva España, están casi contiguos dos montes, que no obstante lo distinto de sus calidades en estar siempre cubierto de sucesiva nieve el uno, y manar el otro perenne fuego, no se hacen mala vecindad entre sí, antes conservan en paz sus extremos y en un temple benigno la poca distancia que los divide. Tiene su asiento á la falda de estos dos montes una bien capaz alquería, muy conocida con el nombre de San Miguel Nepantla, que confinante á los excesos de calores, ó fríos, á fuer de primavera, hubo de ser patria de esta maravilla. Aquí nació la Madre Juana Inés el año de 1651, el día 12 de Noviembre, viernes, á las once de la noche. Nació en un aposento que dentro de la misma alquería llamaban la Celda, casualidad que con el primer aliento la enamoró de la vida monástica y la enseñó á que eso era vivir, respirar aires de clausura. Fué su padre D. Pedro Manuel de Arbaje, natural de la Villa de Vergara, en la Provincia de Guipúzcoa, que con deseo de conseguir los hierros á las entrañas de la tierra, tan de nobleza pródigas, como estériles de caudal, pasó á las Indias, donde casó este dichoso vizcaíno con Doña Isabel Ramírez de Santillana, hija de padres españoles y natural de Yacapixtla, pueblo de Nueva España, de cuya legítima unión nacieron, entre otros hijos, nuestra poetisa única, que fué posible admitir igualdad en la sangre, la que pareció no tener parentesco humano con otras almas.

A los tres años de su edad, con ocasión de ir á hurto de su madre, con una hermanita suya, la maestra, dió su entendimiento la primera respiración de vivo: vió que daban lección á su hermana, y como si ya entonces supiera que no es mayoría en las almas el exceso en los años, se creyó hábil de enseñanza, y pidió que también á ella le dieran lección. La maestra lo rehusaba, porque en el balbutir de la niña aún no era posible discernir si los yerros que pronunciase serían del pico ó la rudeza; hasta que el uso la desengañó, porque á las primeras lecciones, sin haberla podido sujetar á las perezas del delecto, leía de corrido, y al fin, en dos años aprendió á leer, escribir, contar y todas las menudencias curiosas de labor blanca, éstas con tal esmero, que hubieran sido su heredad, si hubiera habido menester que fuesen su tarea. La primera luz que rayó de su ingenio, fué hacia los versos españoles, y era muy racional admiración de cuantos la trataron en aquella edad tierna, ver la facilidad con que salían á su boca ó á su pluma los consonantes y los números; así los producía como si no los buscara en su cuidado, si no es que se los hallase de valde en su memoria.

Esta habilidad de la poesía, que cuanto es en sí prescinde para ser

¹ Desde el año de 1665 que volvió á arrojar por cuatro días fuego este volcán, no se sabe haya continuado, y en ambos están cubiertas de nieve sus cumbres.

de buen numen, de expresar con ella conceptos sutiles, ni altos pensamientos, y menos de tratar materias heroicas, porque sin pasar las aprensiones de una fama elevada, puede llegar á la esfera de su perfección sobre cualquiera asunto, cuando se acompaña de un entendimiento profundo y claro, á que se ha de añadir lo perspicaz de un discurso muy fértil, y con el lustre de noticias, en que entren, nó como las menos principales las del idioma en que escribe, ha hecho los sujetos más celebrados en todas edades.

No llegaba á ocho años la Madre Juana, cuando porque le ofrecieron por premio un libro (riqueza de que tuvo siempre sedienta codicia), compuso para una fiesta del Santísimo Sacramento una Loa, con las calidades que requiere un cabal Poema. Testigo es el R. P. M. F. Francisco Muñoz, dominicano, Vicario entonces del pueblo de Amecameca, que está cuatro leguas de la casería en que nació la Madre Juana Inés. Ella misma refiere de sí, que si en esta edad oía decir que alguna golosina causaba rudeza, huía de ella como de un veneno que comido hubiese de infeccionarle su razón. Importunaba entonces mucho á sus padres sobre que mudando su traje en el de hombre la enviasen á estudiar muchas ciencias que oyó decir que en la Universidad de México se enseñaban, y mostrando su espíritu el caudal que encerraba en aquel cuerpecito, se impacientaba con la orilla que le puso la naturaleza. No prevenía entonces que ingenios de categoría tan superior pueden en la perspicacia de su entendimiento contener las ciencias como en semilla que da copioso fruto á culto ligero, para que sólo les hace falta la arbitraria propiedad de los términos, que si tal vez no sirve á la inteligencia substancial, aprovecha siempre de explicarse al uso de los maestros. Estos la faltaron siempre á esta prodigiosa mujer, pero nunca le hicieron falta; dentro de su propia capacidad cupieron cátedra y auditorio para emprender las mayores ciencias, y para saberlas con la cabal inteligencia que tantas veces se asoma á sus escritos: Ella se fué á sus solas á un mismo tiempo argumento y respuesta, réplica y satisfacción, como si hubiera hecho todas las calidades de poesía, que se sabe sin enseñanza.

En edad de ocho años la llevaron á México sus padres, á que viviese con un abuelo suyo, donde cebó su ansia de saber en unos pocos libros que halló en su casa, sin más destino que embarazar ocupando un bufete; penuria que muchos años padeció, estudiar á merced de libros, que hallaba fuera de su deseo. Solas veinte lecciones de la lengua latina, testifica el Br. Martín de Olivas, la dió, y la supo con eminencia, porque habiéndola dejado por maestro en manos de sólo su discurso, añadió ella por Decurión su empeño, cortándose del cabello algo, y notificándose que, si hasta cierta medida del hombro crecía otra vez, sin haber aprendido lo que se tasaba, se le había de volver á cortar; cosa que tal vez no ejecutó; valiéndose para despartar

su poco dormida memoria, de tan costosa Anacardina, que otras mujeres perdieran todos los sentidos con ella.

Volaba la fama de tan nunca vista en tan pocos años, y al paso que crecía en edad se aumentaban en ella la discreción con los cuidados de su estudio y su buen parecer con los de la naturaleza sola, que no quiso esta vez encerrar tanta sutileza de espíritu en cuerpo que la envidiase mucho, ni disimular como avarienta tesoro tan rico escondido entre tierra tosca. Luego que conocieron sus parientes el riesgo que podía correr de desgraciada por discreta, y con desgracia no menor de perseguida por hermosa, aseguraron ambos extremos de una vez y la introdujeron en el Palacio del Excmo. Sr. Marqués de Mancera, Virrey que era entonces de México, donde entraba con título de muy querida de la Sra. Virreina. Aquí me pesa el descarte, que hice al estilo de panegirista, porque no se hará sin hipérbolos verosímil cuánto cariño (¿y por qué no veneración, si hay modos de servir que dominan su albedrío á los dueños?) la cobraron sus Excelencias, viéndola que acertaba como por uso, en cuanto, sin mandárselo, obedecía. La Señora Virreina parece que no podía vivir un instante sin su Juana Inés; y ella no perdía por eso un instante á su estudio, porque antes era proseguirle hablar con la señora Virreina.

Aquí referiré con exactitud no disputable (tanta fe se debe al testigo), un suceso que sin igual apoyo le callara ó por no sospecharme de apasionado crédulo, ó por limpiar de dudas lo que he dicho, y me resta. El señor Marqués de Mancera que hoy vive y viva muchos años, que frase es de favorecido, me ha contado dos veces que estando con no vulgar admiración (era de S. E.) de ver en Juana Inés tanta variedad de noticias, las escolásticas tan (al parecer) puntuales, y bien fundadas las demás, quiso desengañarse de una vez, y saber si era sabiduría tan admirable, ó infusa, ó adquirida, ó artificio, ó no natural; y juntó un día en su palacio cuantos hombres profesaban letras en la Universidad y ciudad de México.¹ El número de todos llegaría á cuarenta, y en las profesiones eran varios, como teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, humanistas, y no pocos de los que por alusivo gracejo llamamos tertulios, que sin haber cursado por destino las facultades, con su mucho ingenio suelen hacer no en vano muy buen juicio de todo. No desdeñaron la niñez (tenía enton-

¹ La voz *cuantos* se puso sin reflexión, y no la suprimo ó varío, por haberme propuesto no quitar ni variar una sílaba siquiera á esta relación; pero bien conocerá el que sabe lo floreciente que ha sido esta Universidad en todo género de ciencias y lo fecundo de excelentes ingenios en esta ciudad, que se hubieran juntado no sólo cuantos ella abarca, sino sólo los eminentes así en el V. Clero, sagradas religiones, juristas, médicos y matemáticos, del estado secular hubieran pasado no de cuarenta, sino de cuatrocientos, y quedo muy corto en el número para aquellos tiempos.

ces Juana Inés no más que diez y siete años) de la no combatiente, sino examinada, tan señalados hombres que eran discretos, ni aun equivocaran la científica lid por mujer, que eran españoles. Concurrieron, pues, el día señalado á certamen de tan curiosa admiración, y atestigua el señor Marqués que no cabe en humano juicio creer lo que vió, pues dice: *Que á la manera de un Galeón Real* (translado las palabras de S. E.) *se defendería de pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos, cada uno en su clase, le propusieron.* ¿Qué estudio, qué entendimiento y qué memoria sería menester para esto? El lector lo discorra por sí, que yo sólo puedo afirmar que de tanto triunfo quedó Juana Inés (así me lo escribió, preguntada) con la poca satisfacción de sí, que si en la maestra hubiera labrado con más curiosidad el filete de una vainica.

Entre las lisonjas de esta no popular aura, vivía esta discretísima mujer, cuando quiso que vieses todos el entendimiento que habían oído; porque conociendo que el verdor de los pocos años tiene su ternura por amenaza de su duración; que no hay Abril que pase de un mes, ni mañana que llegue á un día; que lo hermoso es un bien de tan ruin soberbia, que si no se permite arar, no se estima; que la buena cara de una mujer pobre es una pared blanca donde no hay necio que no quiera echar un borrón; que aun la medida de la honestidad sirve de riesgo, porque hay ojos que en el hielo deslizan más; y finalmente, que las flores más bellas manoseadas son desperdicios, y culto divino en las macetas del Altar. Desde esta edad tan floreciente se dedicó á servir á Dios en una clausura religiosa, sin haber jamás amagado su pensamiento á dar oídos á las licencias del matrimonio, quizás persuadida de secreto la Americana Fénix, á que era imposible este lazo en quien no podía hallar par en el mundo.

Tomó este acuerdo la Madre Juana Inés, á pesar de la contradicción que la hizo conocer tan entrañada en sí la inclinación vehemente al estudio. Temía que un Coro indispensable, ni la podía dejar tiempo, ni quitar la ansia de emplearse toda en los libros, y meter en la Religión un deseo estorbado, sería llevar por alivio un continuo arrepentimiento, torcedor que á las más vigorosas almas no las deja en toda la vida respirar sino ayes, en especial cuando el deseo reprimido no se aprende por especie de culpa, pues entonces con lo anchuroso de la permisón hallan los grandes juicios muy á trasmano la resistencia del deseo. Era por aquel tiempo el P. Antonio Núñez, de la Compañía de Jesús, por virtuoso y sabio, veneración de todos en la ciudad de México y confesor de los señores virreyes; comunicó los recelos de su vocación Juana Inés con varón tan ilustre, que á fuer de luz la quitó el miedo, porque siendo él consultado de tal familia, claro estaba que no le había de parecer difícil, caber dentro de una alma tantos

talentos de sabiduría, hermanados con grandes virtudes religiosas, y que si se oponían á éstas, la dijo era mucha ganancia esconder los talentos. Con que depuesta la repugnancia, resolvió Juana Inés con denuevo piadoso, dejar en su mundo su inclinación á la sabiduría humana, y en cada libro que abandonaba degollarle á Dios un Isaac, fineza que Su Majestad la pagó con sobreañadir á su entendimiento capacidad, para aprender en la Religión á ratos breves que habían de ser tí ocio ó descanso, más noticias que tantos como en las escuelas á puro gastar tiempo y macear y acepillar finalmente su tronco.

El convento de las religiosas de San Jerónimo de la ciudad de México, fué el mar pacífico en que para ser peregrina se encerró á crecer esta perla: allí profesó, favoreciéndole D. Pedro Velázquez de la Cadena, con pagarla el dote, que tales gastos enriquecen; merced á que siempre estuvo la Madre Inés, como á Patrón, por quien se había guardado de tan prevista tormenta, agradecidísima, que como tenía su grande entendimiento esmaltado de igualmente calidades preciosas, fuera mengua notable que envileciese la ingratitud joyel tan rico: por eso pareciéndola que las ciencias que había estudiado, no podían ser de provecho á su religiosa familia, donde se profesa con esmero tan edificativo el arte de la música, por agradecer á sus carísimas hermanas el hospedaje cariñoso que todas la hicieron, estudió el arte muy de propósito, y le alcanzó con tal felicidad, que compuso otro nuevo y más fácil, en que se llegó á su perfecto uso sin los rodeos del antiguo método, obra de los que esto entienden, tan alabada, que bastaba ella sola, dicen, para hacerla famosa en el mundo.

Veinte y siete años vivió en la Religión sin los retiros á que empeña el estruendoso y buen nombre de extática, más con el cumplimiento substancial á que obliga el estado de religiosa: en cuya observancia común guardaba la Madre Juana Inés su puesto como la que mejor: su más íntimo y familiar comercio eran los libros, en que también lograba el tiempo, pero á los del Coro en que ganaba eternidad todos cedían. La caridad era su virtud reina, si no es para guisarlas la comida ó disponerlas los remedios á las que enfermaban, no se apartaba de su cabecera. De muchos regalos continuos y preceas ricas que la presentaban, las religiosas pobres eran acreedoras primeras, y después personas necesitadas en la ciudad. Guardaba bien el socorro, que en fuerza de que tienen (y cuán dudosa la seguridad) la comida las religiosas, padecen en todo penurias muy graves, sin que en esto la Madre Juana Inés guardase para sí ni aun la veneración de limosnera, ni la vanidad de dadivosa; tan sin ruido era liberal.

Ya se sabe que la fortuna se la tiene jurada á la naturaleza, y que el gran lustre de una habilidad es el blanco á que endereza sus tiros la suerte, mereciendo los que vuelan más alto en la esfera de una comunidad, la conmiseración que se suele tener de un Cicerón y de

Aristóteles, porque son afligidos en donde están, y alabados en donde no; sobre componer versos tuvo la Madre Juana Inés bien autorizadas condiciones, de que no debemos aquí lastimarnos, ó porque los aprobantes de su primer tomo riñeron por ella este duelo, ó porque el buen gusto de los espíritus poéticos suele convertir en sazón donosa estos pesares que referidos en consonantes de alegre queja, hace risueña la pesadumbre. Sólo nos debemos compadecer del tiempo en que tuvo entredicho la Madre Juana el estudio de las ciencias mayores, por precepto casero aconsejado sin quizás de algunos ánimos cuyos juicios no saben descansar el dictamen, sino en lo más seguro, como si esto en el trato humano pudiese tener límite, ó como si no pudiese ser aún laudable lo que es competentemente seguro; en especial habiendo pareceres doctísimos de que entre dos extremos seguros el *más* y el *menos* harán diferencia en la perfección no en la legalidad. Enfermó entonces esta prodigiosa mujer de no trabajar en el estudio: así lo testificaron los médicos y le hubieron los superiores de dar licencia para que de fatigarse viviese. Volvió á sus libros con sed de prohibida, poniéndose preceptos rigurosos de no entrar en celda ninguna, porque en todas era tan querida que no podía entrar á salir presto. En las visitas de la red había menester gastar más paciencia, porque más tiempo, como los personajes que frecuentaban su conversación no acertaban á dejarla luego, ni los podía perder el respeto con excusarse. Sólo para responder á las cartas, que en verso y en prosa de las dos Españas recibía, aun dictados al oído los pensamientos, tuviera el amanuense más despejado bien en que trabajar. No se rendían á tanto peso los hombros de esta robustísima Madama; siempre estudiaba, y siempre componía, uno y otro también, como si fuera poco, y despacio.

Desdén fuera no hacer aquí alguna reflexión sobre solos dos escritos suyos que la suponen igualmente ingeniosa y sabia: uno es la crisis en que con puntualidad de rigor escolástico, contradice asunto y razones á un sermón del R. P. Antonio de Vieira. Lo primero que arguye bien este escrito es, que el más versado en la forma silogística de las escuelas, no puede aventajar á la puntualidad clara, formal y limpia con que en sus silogismos distribuye sus términos al argüir la Madre Juana; y lo bien que convence sobre la materia, lo entenderán todos por el siguiente parecer. El P. Francisco Morejón, cuya sabiduría y demás prendas son tan conocidas en Madrid, y en especial cuya sutil robustez en las consecuencias ha sido siempre tan dolorosa para muchos, habiendo leído este escrito de la Madre Juana Inés en contradicción del asunto del P. Vieira, dijo: *Que cuatro ó cinco veces convencía con evidencia.* Eso le oí á este formalísimo ingenio; y porque sobrados los apoyos no enflaquezcan el crédito de la poetisa, entre los que han menester dársele de escolástica por ajeno informe, no